

Depredación, subsidios y cultivos ilícitos. La lógica perversa*

De Rementería, Ibán

Hoy, cuando han desaparecido las fronteras agrícolas que permitían nuevas migraciones, la tecnología agrícola adecuada es aquella capaz de alcanzar los más altos rendimientos por hectárea y la mayor productividad del trabajo - eficiencia económica -, con el menor consumo de recursos naturales, es decir, de tierra y agua eficiencia ecológica -. Sin embargo, una tecnología agrícola eficiente en lo económico y adecuada en lo ecológico tiene costos que socialmente deben ser reconocidos y pagados.

Los subsidios agrícolas en los países desarrollados

Con la finalidad de garantizar su seguridad alimentaria, los países desarrollados¹ otorgan subsidios agrícolas a sus productores, los que, en promedio, están hoy entre un 42% y un 75% según cultivo, crianza y país.

Pero estos subsidios agrícolas no sólo han logrado, largamente, su objetivo de garantizar la seguridad alimentaria en los países desarrollados, sino que, además, esos mismos subsidios han subvencionado la protección a la naturaleza, al hacer posible la utilización de tecnologías que ahorran tierra y agua.

Sin embargo, los costos reales de protección y conservación del medio natural en el cual se sustenta la producción agrícola no son asumidos ni reconocidos por los consumidores finales de los productos agrícolas alimentarios, quienes se benefician con precios que están entre un 7% y un 58% por debajo de sus costos de producción y comercialización, según producto y país. Esos mismos consumidores, en cambio, sí están dispuestos a pagar precios reales (que cubran costos de producción y comercialización) por los otros bienes y servicios que adquieren.

Los efectos positivos (para la naturaleza y el medio ambiente) de esos subsidios agrícolas pagados por los países desarrollados a sus productores, tienen efectos negativos en los países del Tercer Mundo, ya que hacen imposible que sus agriculto-

¹Los países de la Organización para el Comercio y Desarrollo Económico (OCDE) - conformada por los hoy miembros de la Comunidad Económica Europea (CEE) - así como Australia, Finlandia, Noruega, Suecia y Suiza, los Estados Unidos de América, Canadá, Japón, Australia y Nueva Zelandia.

res compitan en el mercado internacional con sus productos, ni en sus propios mercados locales con las importaciones agrícolas o alimentarias provenientes de los países desarrollados, tales como el maíz, arroz y trigo, o la carne y la leche.

Cuadro 1			
Subsidios a la producción agrícola y consumo de alimentos			
	Productos agrícolas	Productos ganaderos	Todos los productos
Estados Unidos			
Productor	44%	41%	42%
Consumidor	7%	30%	24%
CEE			
Productor	66%	44%	50%
Consumidor	55%	45%	48%
Japón			
Productor	93%	55%	75%
Consumidor	58%	46%	53%

Fuente: Barceló L.V.: *Liberalización, ajuste y reestructuración de la agricultura española*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 1991.

Cuadro 2			
Area en uso agropecuario y producción agrícola y pecuaria por regiones, 1989			
	Hectáreas	Toneladas	Rendimientos
Norteamérica ¹	83.583.000	574.409.000	3,6 Tm/Ha
Europa ²	139.965.000	968.144.000	6,9 Tm/Ha
Latinoamérica	180.090.000	454.349.000	2,5 Tm/Ha

1. Estados Unidos y Canadá
 2. No incluida la ex-URSS.
Fuente: FAO: *Year Book*, 1989.

Cuadro 3				
Rendimientos agrícolas en kilogramos por hectárea por regiones, 1989				
	Estados Unidos	Europa	Sudamérica	Región amazónica ¹
Cereales	4.474	4.229	2.092	2.027
Trigo	2.202	4.605	1.892	1.079
Arroz	6.444	5.080	2.517	3.306
Maíz	7.300	4.762	2.091	1.663
Patatas	32.401	20.961	12.579	10.652
Legumbres	1.670	1.964	484	691

1. Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela.
Fuente: FAO: *Year Book*, 1990.

Cuadro 4						
Area y producción de los cultivos ilícitos en la región andino-amazónica, 1988						
País	Ha		Ton.		Totales	
	Canab.	marih.	coca	pasta	Ha.	Ton.
Bolivia		49.980	350	49.980	350	
Colombia	9.200	5.600	27.230	109	36.430	5.769
Perú			115.630	578	115.630	578
Total	9.200	5.600	192.840	1.037	202.040	6.697

Fuente: Departamento de Estado (EEUU).

En estas condiciones, los productores del Tercer Mundo, que no reciben subsidios por su producción ni cuentan con protección arancelaria ante las importaciones subsidiadas, imposibilitados de utilizar las tecnologías existentes, se ven obligados a hacer uso extensivo de los recursos naturales disponibles agotándolos hasta su destrucción. O tienen como única alternativa de sobrevivencia cultivar amapola, coca y marihuana, productos que al no estar subsidiados en los países desarrollados, son pagados por el narcotráfico a precios iguales o superiores a sus costos de producción.

Cuando se trata de productos tropicales de altura en los cuales los países del Tercer Mundo tienen ventajas comparativas naturales de suelo y clima, tales como el cacao, café y té, éstos deben competir con otras bebidas intercambiables como los vinos y la cerveza, que están subsidiados, o con las bebidas edulcoradas cuya azúcar también está subsidiada.

Más aún: este doble empobrecimiento impide a los agricultores andinos de la selva amazónica hacer pleno uso, en sus mercados locales, de la tecnología agrícola disponible, debido, además, a los altos costos de sus componentes importados. Por lo tanto, los productores agrícolas de la selva andino-amazónica no sólo fracasan por los malos precios de sus productos, sino que además, y a causa de lo anterior, se pauperizan por razón de los bajos rendimientos de sus cultivos y la baja productividad de su trabajo.

El impacto ecológico

Contrastar la situación técnico-agrícola de los países desarrollados con la de aquellos en vías de desarrollo y con sus resultados productivos, pone en claro el impacto de los subsidios agrícolas de los primeros en los ecosistemas del Tercer Mundo. El rendimiento de la masa total de materia vegetal y animal para consumo y uso humano producida para la agricultura y la ganadería europea, llegó en 1989 a casi 7 toneladas métricas por hectárea, mientras que en Latinoamérica sólo alcanzó a 2,5 toneladas métricas.

Si tomamos los cereales, que son productos claves para la alimentación humana, en Sudamérica sus rendimientos por Ha solamente llegan al 45% de los obtenidos en Estados Unidos; en cuanto al maíz originario de la región andino-amazónica, sus rendimientos sólo alcanzan al 23% del de los Estados Unidos. En cuanto a la papa, sustituto histórico prehispánico del maíz en la región, hoy no se llega al 35% de los rendimientos obtenidos en Europa. Y respecto a la eficiencia en el uso del suelo

para la producción ganadera, la región andino-amazónica sólo tiene un 64% del hato ganadero de Europa, pero ocupa un área en pastos cinco veces mayor a la de aquélla.

Esa es la razón por la cual, en los quince años que van de 1974 a 1989, el uso del suelo por regiones varió de la siguiente manera: en la región andino-amazónica el área agrícola creció en un 27,3% y en 8,7% la ganadera, mientras que en Europa disminuyó en un 5% en total, y casi no hubo variación en los Estados Unidos. Como consecuencia de ello la región andino-amazónica perdió 53.670.000 Ha de sus bosques, un 6,5%, equivalente al 34,4% de todos los bosques de Europa, mientras que ésta recuperó en un 2,2% los suyos en el período indicado. Se debe tener presente que al mismo tiempo Africa perdió el 5,4% de sus bosques y la pérdida fue del 5,7% para Asia.

El impacto de los cultivos ilícitos

En los últimos años se ha denunciado que la expansión de los cultivos de coca (que responde tanto a la demanda internacional por la cocaína como a las necesidades de sobrevivencia de los campesinos cultivadores) está causando un mayor daño al ecosistema andino amazónico que los cultivos tradicionales y las actividades agroindustriales que (inapropiadamente) allí se han desarrollado.

Sin embargo, el área total de cultivos ilícitos en esa región - 202.040 Ha - sólo llega al 0,2% del área agrícola total 97.768.000 Ha -. Si consideramos el total del área en uso agropecuario, entonces los cultivos ilícitos solamente representan el 0,05% de esas 387.847.000 Ha. En cuanto a la deforestación de la selva amazónica, el área de cultivos ilegales sería causante de sólo un 0,4% de las 53.670.000 Ha de bosques talados en los últimos quince años.

También se ha denunciado que para la extracción del alcaloide de la hoja de coca se estaría utilizando keroseno, ácido sulfúrico, cal viva, carburo, acetona y tolueno, por un total de 21.200 Tm de sustancias extrañas y tóxicas para el medio ambiente amazónico, con la finalidad de producir 1.037 Tm de pasta de cocaína. Se puede estimar que en el área agropecuaria de la región andino-amazónica se utilizan 19.229.400 Tm de fertilizantes sintéticos al año (sustancias extrañas), más 192.294 Tm de pesticidas (sustancias tóxicas); entonces, el conjunto de los mal llamados precursores químicos para la extracción del alcaloide de la coca sólo representa el 0,1% de todas las sustancias extrañas. Sería de gran importancia evaluar el impacto

que en la región andino-amazónica tienen los relaves de la minería en los Andes, la contaminación provocada por la industria y el transporte de la región, etcétera.

La depredación de la naturaleza en la región andino-amazónica no es producto del afán de lucro desmesurado y de la ignorancia o de la mala voluntad de los pobres del mundo emigrados a la selva, campesinos convertidos en coccaleros o garimpeiros. Esta destrucción es el resultado perverso de los actuales precios agrícolas internacionales, que están determinados por los subsidios agrícolas que los países desarrollados pagan a sus productores.

Para concluir, y dicho en pocas palabras, los subsidios alimentarios en el Primer Mundo son a la vez causa de la destrucción de los ecosistemas y el hambre en el Tercer Mundo.

Sequías, pobreza y medio ambiente

La agricultura es una actividad arriesgada en todas partes, pero quizás el riesgo más debilitante sea el que plantean las sequías en las zonas tropicales semiáridas. En las sociedades rurales pobres de muchas de estas regiones, las unidades familiares tienen pocos recursos que las respalden. La combinación de pobreza y sequía puede también tener consecuencias ambientales graves que pongan en peligro la productividad agrícola futura y la conservación de los recursos naturales. Por ejemplo, en tiempos de sequía las personas pobres se ven empujadas a la busca más intensiva de cosas como leña y otros combustibles orgánicos, animales silvestres y plantas comestibles, tanto para comer como para la venta. Pero, debido a que las plantas, los árboles y la fauna silvestre están ya sufriendo los efectos de la sequía, esa busca agrava la deforestación y causa daños a las cuencas hidrográficas y los suelos. Los ganaderos suelen concentrar a sus animales cerca de los abrevaderos en tiempos de sequía, y el consiguiente pastoreo excesivo de esas áreas puede causar un deterioro prolongado del suelo.

En las zonas semiáridas, muchas prácticas agrícolas tienen posibilidades de agravar los daños que la sequía causa a los recursos naturales. Por ejemplo, debido a que aumenta la exposición de los suelos, el cultivo mediante arado hace que éstos sean más vulnerables a la erosión del viento y la lluvia y a la pérdida de humedad y nutrientes. Esos efectos pueden ser pronunciados incluso en años normales, pero son especialmente graves en las épocas de sequía. Como los agricultores no pueden predecir éstas, desbrozan y plantan habitualmente sus tierras en preparación

de una temporada normal; posteriormente, cuando los cultivos no se logran, la tierra queda expuesta a los rigores del sol, el viento y la lluvia.

Los medios con los que los agricultores tratan de reducir los riesgos, si bien son perfectamente racionales desde su punto de vista, pueden a veces suponer costos ambientales para las comunidades. Por ejemplo, una unidad familiar puede cultivar más de una parcela separada de tierra a fin de aprovechar las variaciones locales en cuanto a condiciones y, de ese modo, reducir los riesgos de la producción. Sin embargo, debido a que los agricultores tienen parcelas más pequeñas en una ubicación cualquiera, es menos probable que los costos ambientales asociados con sus prácticas agrícolas (como la erosión de los suelos y las escorrentías de agua) se dejen sentir en sus propias explotaciones, y más probable que los soporten sus vecinos. Como individuos, los agricultores tienen escaso incentivo para abordar el problema; incluso cuando lo hacen, la solución puede ser difícil, ya que quizás requiera organizar a todos los agricultores colindantes para efectuar una inversión conjunta (por ejemplo, en establecer curvas de nivel o terrazas).

Puede surgir un problema similar con el pastoreo en dehesas comunes, si los ganaderos llevan cabezas de ganado adicionales a modo de seguro contra las sequías. Como es probable que los ganaderos aplacen lo más que puedan la venta de sus animales, esta forma sencilla de seguro lleva a menudo al sobrepastoreo en años de sequía, aumentando con ello las probabilidades de causar daños permanentes a los pastizales.

También los mercados son mecanismos inadecuados para distribuir los riesgos en las regiones propensas a las sequías, debido a que son tantas las personas afectadas al mismo tiempo. Si bien los mercados de crédito pueden sostener el consumo en el curso de fluctuaciones normales de los ingresos familiares, quizás no sean capaces de proporcionar las enormes cantidades de crédito que se requieren en años de sequía, cuando un gran número de personas tienen que obtener créditos al mismo tiempo. Por consiguiente, cuando hay sequías los gobiernos tienen que proporcionar socorro en forma de empleo y asistencia alimentaria para los grupos específicos afectados, y quizás también se requieran planes eficaces de seguros contra sequías.

El nexo entre la población, la agricultura y el medio ambiente en Africa al Sur de Sahara

El rápido aumento de la población, el estancamiento de la producción agrícola y la degradación del medio ambiente han sido características comunes en la mayoría de

los países de Africa al Sur del Sahara en las últimas décadas, y esos tres factores se han reforzado mutuamente. El Banco Mundial terminó hace poco un estudio de este nexo, con objeto de entender mejor los vínculos causales e identificar los posibles remedios. Sus conclusiones preliminares se resumen seguidamente.

Alteración del equilibrio

El cultivo y el pastoreo migratorios han sido sistemas tradicionales apropiados cuando había tierras abundantes, escaso capital y tecnología limitada. Cuando las densidades de población empezaron a aumentar lentamente durante la primera mitad del presente siglo, esos sistemas de explotación extensiva fueron evolucionando hacia otros de índole más intensiva, como ocurrió en Rwanda, Burundi, las tierras altas de Kenya y la meseta de Kivu, en Zaire. Sin embargo, este proceso de evolución lenta ha demostrado ser incapaz de adaptarse al aumento de la población muy acelerado de los últimos 40 años. Los usos tradicionales de la tierra y los combustibles han llevado al agotamiento de suelos y bosques y han contribuido al estancamiento de la producción agrícola. Además, los ingresos estancados y la ausencia de mejoras en el nivel de bienestar humano han impedido la transición demográfica. La combinación de densidades de población altas e inversiones bajas ha hecho que la superficie per cápita de tierras aptas para el cultivo haya disminuido de 0,5 Ha en 1965 a 0,3 Ha en 1987. Como resultado de ello, en muchas zonas de Burundi, Kenya, Lesotho, Liberia, Mauritania y Rwanda los períodos de barbecho no son ya suficientes para restablecer la fertilidad de los suelos.

El crecimiento de la población lleva a la gente a cultivar tierras no utilizadas anteriormente para fines agrícolas, por ejemplo, zonas semiáridas y bosques tropicales, donde las condiciones de los suelos y el clima se adaptan mal a los cultivos anuales o a las prácticas que emplean los nuevos colonos. Estos problemas revisten mayor gravedad en regiones del Sahel, en parte de las zonas montañosas de Africa Oriental y en el cinturón seco que se extiende desde Namibia a través de Botswana, Lesotho y la región meridional de Mozambique. Hay datos sólidos que indican que el estancamiento económico está demorando la disminución de la fecundidad; es posible que el tamaño de las familias sea mayor (para tener fuerza de trabajo adicional) allí donde el deterioro de la tierra es más grave y los suministros de leña se han agotado. Es necesario adoptar un enfoque integrado del problema.

Soluciones

El enfoque tradicional del desarrollo, que hace hincapié en la oferta de servicios y tecnologías, tiene que tener como complemento una estrategia de promoción de la demanda, a saber, demanda de prácticas e insumos agrícolas apropiados, de un menor número de hijos y de conservación de los recursos. La demanda de estas cosas puede fomentarse por medio de lo siguiente:

* La eliminación de las subvenciones que distorsionan los precios y los incentivos, con objeto de promover una utilización más eficiente de los recursos.

* La mejora de la planificación del uso de la tierra, a fin de fomentar la intensificación de la agricultura y de proteger ecosistemas naturales valiosos.

* El esclarecimiento de la propiedad de los recursos y la tenencia de la tierra - por medio del reconocimiento legal de los sistemas tradicionales de ordenación de la propiedad comunal y de la propiedad privada, así como la reducción de la propiedad estatal -, con objeto de alentar la inversión.

* La ampliación de los programas de educación para las niñas y las oportunidades de empleo para las mujeres, así como la mejora de la información sobre salud y nutrición - en todos los casos haciendo uso de los grupos comunitarios, las organizaciones no gubernamentales y el sector privado -, a fin de fomentar la demanda de familias más reducidas.

* El aumento de las inversiones en infraestructura rural y en el mantenimiento de ésta - en particular carreteras y sistemas de suministro de agua y saneamiento -, con objeto de que mejoren los incentivos a la producción, la productividad y la salud.

El algodón en Centroamérica

La expansión del cultivo de algodón en Centroamérica demuestra de qué modo la sobreabundancia de capital financiero (aplicación intensiva de insecticidas, fertilizantes, maquinaria y equipo, e inversiones en infraestructura) sometió al capital natural (los suelos) a una intensa explotación que, además de reducir su rendimiento, tuvo una serie de efectos externos de graves consecuencias. Frente a esta situación, el programa de lucha integrada contra las plagas puede contribuir a esta-

blecer una relación más equilibrada entre las diversas formas de capital que requiere este cultivo.

En 1940 el algodón se consumía básicamente en el ámbito nacional. Se lo exportaba ocasionalmente, cuando los precios eran particularmente favorables. Sin embargo, con el correr de los años, el producto se convirtió en uno de los principales bienes de exportación de Centroamérica, particularmente de Nicaragua, El Salvador y Guatemala.

Las tierras eran fértiles, la estación lluviosa evitaba la necesidad de irrigación y la temporada seca permitía el florecimiento del cultivo. Las condiciones naturales eran ideales para su expansión. A lo anterior se agregaba la existencia de abundante mano de obra de bajo costo. Sin embargo, la humedad y el calor de la región también favorecían el desarrollo de insectos, que no podían ser combatidos con compuestos químicos tradicionales porque las lluvias tropicales eliminaban rápidamente su efecto, dando lugar a rendimientos bajos o a aplicaciones intensas que no eran rentables.

Pero el descubrimiento del DDT en 1939 revolucionó la situación: insoluble en el agua y poco susceptible de ser afectado por el sol, resultaba ideal para ser aplicado en la costa del Pacífico de Centroamérica. La nueva situación desencadenó un proceso acelerado de expansión del algodón, que estuvo acompañado por buenos precios en el mercado internacional.

En general, el proceso de acumulación de capital financiero, iniciado con la aplicación de nuevas tecnologías, se extendió luego al uso de fertilizantes y maquinaria, al tiempo que se daba una acumulación de capital físico mediante la construcción de carreteras.

Sin embargo, después de cuatro o cinco años de aplicar insecticidas, se observó una reducción de la fertilidad de la tierra. Esto condujo al empleo de fertilizantes, los cuales, dada la conformación plana de la tierra de la costa, se aplicaron mediante tractores, cuya introducción fue facilitada por la existencia de condiciones crediticias favorables. Así, hacia el final de la década de 1960 e inicios de la de 1970, los principales departamentos (provincias) productores de algodón de El Salvador y de Nicaragua concentraban, respectivamente, la mitad y las nueve décimas partes de los tractores de uno y otro país.

La acumulación de capital financiero durante las décadas de 1950 y 1960 se vio favorecida mediante la canalización de recursos, a tasa de interés subsidiadas, a través de instituciones de fomento o de la banca comercial - con facilidades especiales otorgadas por la banca central -, condiciones que promovieron la expansión de un cultivo que por su propia naturaleza exige un alto contenido de crédito. Organismos financieros multilaterales y bilaterales contribuyeron, a su vez, a la construcción de una amplia red de carreteras, que permitió introducir equipos e insumos a las plantaciones y transportar el algodón a los puertos. De este modo se fue dando una relación de complementación entre el capital financiero y el capital físico.

Probablemente la manifestación más evidente de un proceso profundamente desequilibrado de acumulación de capital fue la aplicación de insecticidas. Con el tiempo se desarrollaron plagas resistentes al DDT, al toxafeno y a compuestos similares, y aparecieron nuevas pestes. En respuesta a ello, se aplicaron nuevas variedades y mayores cantidades de pesticidas. Esto coincidió con la reducción de los precios del algodón en el mercado internacional, y con el aumento de sus costos de producción debido a las crisis del petróleo. En la década pasada, la reducción del precio internacional del algodón se combinó con severos desequilibrios financieros y devaluaciones que redujeron aún más la rentabilidad del producto.

En contraste con la inversión en insumos, equipos e infraestructura, la degradación del capital natural se aceleró debido a diversas razones. Por una parte, el control de insectos requería que, una vez realizada la cosecha, y durante la época seca, se eliminara mediante el arado de la tierra las plantas de algodón, con lo que se dejaba al suelo vulnerable a la erosión causada por el viento. Por otra parte, en preparación de la siembra, se araba previamente la tierra durante la época lluviosa, con lo que se corría el riesgo de que la lluvia y las corrientes causaran una erosión adicional de dimensiones aún mayores. Finalmente, el algodón tendía a hacer un uso particularmente intensivo del nitrógeno, el fósforo y otros nutrientes de la tierra. Ríos y manglares también se vieron afectados por desperdicios y pesticidas.

Los problemas resultantes de las variaciones de los precios internacionales, la aparición de nuevas plagas y el costo crecientes que demandaba la aplicación de insecticidas, contribuyeron a que las exportaciones sufrieran ya fuertes reducciones en algunos años de las décadas de 1960 y de 1970, pero, como puede verse en el cuadro siguiente, la crisis más aguda del sector algodonero de Centroamérica, asociada también a desequilibrios financieros y a la turbulencia política, tuvo lugar durante la década de 1980.

	(Miles de quintales)		
	1983	1985	1988
Guatemala	1.214,1	1.253,6	638,1
El Salvador	769,7	513,8	20,3
Honduras	64,8	111,0	16,1
Nicaragua	1.726,0	1.460,0	765,5

Fuente: Consejo Monetario Centroamericano, Boletín Estadístico 1988, San José, 1989.

El problema de sustentabilidad es evidente: la producción de los cuatro países en conjunto se redujo en 1988 a poco más de la tercera parte (1.440.000 quintales) de lo que había sido cinco años antes (3.774.600 quintales).

Una respuesta al problema creado por el uso y costo crecientes de pesticidas y fertilizantes es el programa referido a la lucha integrada contra las plagas. Se trata de un sistema de optimización del control de las plagas que, tomando en cuenta criterios económicos y ecológicos, combina un conocimiento científico tanto del cultivo, de sus plagas, y de los enemigos naturales de estas, como de la racionalidad económica y social del mismo, incluyendo los incentivos y restricciones que resultan de las reglas y valores económicos, políticos y sociales.

El programa en cuestión comprendía: a) la prohibición del uso de pesticidas sintéticos; b) el retorno al uso de pesticidas orgánicos (tales como calcio y arsenato de plomo); y c) la introducción de métodos biológicos de control, entre los que se cuentan la eliminación de una segunda cosecha (pues de lo contrario aumenta la probabilidad de reproducción de ciertas pestes), el establecimiento de fechas uniformes de siembra, la distribución de enemigos naturales de las pestes (particularmente de otros insectos), y la siembra intercalada de otros cultivos, tales como maíz y trigo, para facilitar el desarrollo de poblaciones de enemigos naturales de las pestes. Siete años después de la iniciación del programa se habían reducido las aplicaciones de pesticidas (minerales y naturales) a poco más de dos por año, las plagas del algodón habían sido virtualmente eliminadas, y habían aumentado la producción y la calidad del algodón.

Los plaguicidas, el comercio de productos agrícolas y la pobreza

En 1987, la Junta de Agricultura de la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos manifestó que los bajos niveles de residuos de 28 plaguicidas que se aplica-

ban a productos alimentarios pueden ser una de las principales causas ambientales del cáncer. Las medidas adoptadas tras esta revelación en varios países industriales a fin de proteger la salud de los consumidores pueden obstaculizar la diversificación agrícola en muchos países en desarrollo y afectar en particular a los agricultores pobres.

En América Central, los donantes están propiciando el crecimiento acelerado de la exportación de alimentos no tradicionales. A los grandes agricultores se les presta asistencia para asegurarse de que sus productos no excedan los límites fijados para los residuos de plaguicidas, pero los pequeños productores independientes no reciben asesoramiento alguno. Como resultado de ello, muchos pequeños productores se han encontrado con que sus cosechas son inaceptables para exportación a Estados Unidos, o con que los exportadores se niegan a trabajar con ellos.

Un estudio realizado en Guatemala reveló que el 95% de los grandes agricultores recibía asistencia técnica sobre el uso de plaguicidas, pero que sólo el 51% de los pequeños productores y ningún pequeño productor independiente recibían ayuda. Los pequeños productores usaban cantidades de plaguicidas tres veces mayores que los grandes agricultores, principalmente porque aplicaban pulverizaciones en forma rutinaria en vez de hacerlo cuando el grado de infestación lo exigía. Pocos pequeños productores estaban informados de que es necesario dejar pasar cierto tiempo entre las pulverizaciones y la cosecha. Casi un 75% de los agricultores estaba aumentando el uso de plaguicidas y sólo el 7% sabía de otras opciones, como el control biológico y la lucha integrada contra las plagas.

Para que todos los agricultores puedan beneficiarse con el aumento de las exportaciones, los pequeños productores independientes necesitarán ayuda especial. Sería irónico que la preocupación por la salud en los países industriales significara el empobrecimiento de los agricultores más necesitados de los países en desarrollo.

*Extraído de Quehacer N° 77, DESCO, Lima, 5-6/1992, p. 44-48.